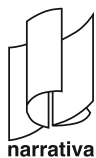


Cuentos Selectos II

El Partido de Oposición Permanente y otros cuentos



© Fernando Josseau

© Pehuén Editores

María Luisa Santander 537, Providencia, Santiago

Fonos: (56-2) 225 62 64 - 204 93 99

editorial@pehuen.cl

www.pehuen.cl

ISBN 978-956-16-0446-9

Inscripción N° 49.299, 1979

N° 90.545, 1994

N° 110.285, 1999

Primera edición, abril de 2008

Producción Editorial

Pehuén Editores

Portada

Basada en la obra “Las vacaciones de Hegel”, de René Magritte

Diseño y diagramación

Olaya Fernández A.

Impresión

Salesianos

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Fernando Josseau

Cuentos Selectos II

El Partido de Oposición Permanente y otros cuentos

Selección escogida de los libros

Chez Pavez

La posada de la calle Lancaster

Crónicas del absurdo



pehuén

Nota del editor

EL PARTIDO DE OPOSICIÓN PERMANENTE es el relato escogido para dar inicio a este segundo volumen de *Cuentos Selectos* de Fernando Josseau. Se trata de un cuento de hilarante realidad, plenamente vigente, que sumado a las otras diecisiete narraciones que componen esta recopilación, dan cuerpo a un libro con historias llenas de ironía, humor negro y una crítica punzante del mundo contemporáneo.

Los relatos fueron seleccionados de los libros *Chez Pavez* (1979), *La posada de la calle Lancaster* (1994) y *Crónicas del absurdo* (2003), y se incluyen comentarios de destacados críticos junto a artículos periodísticos que prologan esta edición.

En síntesis, la presente edición viene a refrendar lo que ya el lector pudo descubrir en el primer volumen de *Cuentos Selectos*: Fernando Josseau es una de las voces más lúcidas de los últimos años, ligada generalmente a la dramaturgia y que en estas páginas despliega toda su calidad narrativa.

Josseau desclasificado

Por Mario Valdovinos

El Mercurio, 3 de septiembre de 2006

JOSSEAU ES UN OUTSIDER de las letras chilenas, un desclasificado, un franco-tirador. Cada cierto número de años dispara. En la década de los cincuenta estrena su monólogo teatral “El Prestamista”, que alcanza ya quince mil representaciones; después paso del teatro del absurdo, “La mano y la gallina”, a las sátiras protagonizadas por Coco Legrand. Así, sin prisa pero de modo tenaz, ha propuesto una obra literaria, sin poner en primer plano la personalidad de su creador. Es autor, además, de relatos, entre los que destacamos en este primer volumen antológico: “Su excelencia el embajador”, narración de largo aliento donde la tensión de los hechos se dilata alrededor del secuestro de un diplomático por quien su plagiador solicita como rescate... treinta y cinco dólares; y “Los pianistas mancos”, cuento del que Josseau hizo una versión teatral, en torno a dos pianistas exitosos, Thomas y Somerset. Ambos músicos pierden la habilidad de una de sus respectivas manos y estimulados por Roger, el manager, forman una dupla con esa limitación: dos mancos tocando el piano unidos por un solo sentimiento.

Algunos de sus cuentos no escapan, en su desenlace, a la parábola previsible e incurre en clichés narrativos en sus descripciones e, incluso, como ocurría en las últimas cintas de Buñuel, su audacia a ratos está condicionada por la elección de una forma que encorseta la trama.

No obstante, la balanza se inclina por los logros: temas originales, ambientes seductores, ironías frente a distintos tipos de discurso, nudos ciegos, delirios, pasadas frecuentes por el bar Pavez, para culminar curiosamente en un relato de factura clásica, “El prisionero”, ambientado en 1723 y en torno a Osvald Heckel, acusado del asesinato de una joven viuda. El cautiverio del acusado produce el despliegue de un relato magistral.

Josseau: amnesia, collage y psicoanálisis

Por Fernanda Donoso
La Nación, 11 de agosto de 2006

LOS CUENTOS DE Fernando Josseau tienen humor, sicología, absurdo, crítica, teatro. Y sobre todo, no se dejan abandonar. Ocurren frecuentemente en Nueva York o en Santiago, y son un rápido despliegue escenográfico, narraciones brillantes de mundos cruzados por un metro que corre bajo la ciudad mientras arriba llueve, por ejemplo. En “Los pianistas mancos”, hay un orden que se tensa y está a punto de estallar entre unos siameses musicales de pronto enamorados de la misma mujer, en Manhattan. Al final, la chica golpea inútilmente una puerta mientras ellos practican a toda velocidad un conveniente ejercicio de amnesia.

Sus “Cuentos selectos” reúnen textos escogidos de la trilogía constituida por “Chez Pavez”, “La posada de la calle Lancaster” y “Crónicas del absurdo”. Josseau, dramaturgo de primera línea cuya obra “El prestamista” alcanzó más de diez mil representaciones en Chile, América y Europa, ha definido su obra como “un collage” sobre la vida contemporánea.

En estas narraciones habla de psicoanálisis, amor, sexo, marginalidad, esnobismo. Hay piezas de “teatro instantáneo” y supuestas conferencias de prensa o entrevistas. Y siempre una sutil atmósfera estética que se podría respirar casi igual en Sao Paulo, Buenos Aires, Santiago. Además, notables comienzos de cuentos, primeras líneas que contienen la promesa de que algo muy raro está por suceder: “El departamento contaba con veintitrés espaciosa habitaciones. Tres dormitorios, tres baños, tres estudios inmensos, tres grandes halls, tres comedores, además de las tres amplias cocinas y las tres habitaciones para la servidumbre”.

O: “Hacía muchos, muchísimos años que no se le otorgaba el Premio Nobel de Literatura a un escritor sueco y ahora le correspondía ese gran honor a un anciano de ochenta años”. Un cierto deslizamiento de la realidad hacia posibilidades impensables es lo que ocurre aquí. De pronto, simplemente todo parece un dibujo de Oski (que debería haber sido inmortal), un dibujo fino, un poco maniático y divertido. Como en “La familia Parkinson”, donde los personajes siempre han tenido “tendencia”, y esa cualidad indefinida juega sin jamás explicitarse, con el lector.

La lectura de Josseau resiste perfectamente el tiempo. Sigue lloviendo en sus páginas cuando él quiere que llueva, sigue siendo divertido e inquietante que esos personajes suyos tengan “tendencia”.

Fernando Josseau: “Chez Pavez”

Por Ignacio Valente

FERNANDO JOSSEAU ETEROVIC (chileno) me sonaba como dramaturgo. Con *Chez Pavez* incursiona en la narrativa, y de un modo brillante: nada tiene que envidiar a nuestros mejores y más maduros cuentistas actuales. Ni novela ni colección de cuentos, el autor define su obra como un “collage” sobre la vida contemporánea. Vagamente enlazados por un lugar, el Café Pavez, y tomando la forma de entrevistas, piezas de “teatro instantáneo”, conferencias de prensa, cuentos propiamente dichos, nouvelles, etc., estos 20 relatos fluctúan entre las 2 y las 60 páginas de extensión y de manera igualmente disímil alternan en sus temas el sexo, el psicoanálisis, el falso altruismo, el poder, la diplomacia, el jet-set, la prostitución, el donjuanismo, la crónica roja, la pintura, la música, etc. Esta enumeración pertenece al propio Josseau, quien agrega: “a través de una visión alucinante y sarcástica de la sociedad actual”. Por una vez podemos creer al propio autor, quien tampoco se equivoca al decir de su obra bajo la ficción de un supuesto prólogo ajeno, que “a la punzante crítica social añade el humorismo; a la sátira descarnada, una concepción moral de la existencia, y ante la crueldad, Josseau opone la risa como valor compensatorio”. Lo que no puede decir el propio autor, ni siquiera bajo la ficción de un prólogo apócrifo, lo digo yo: es un excelente narrador.

La presentación inicial del Café Pavez, en sólo tres páginas, es magnífica. En seguida se nos narra la entrevista de un escritor fracasado, para un magazine que se especializa en el género: sólo entrevistas de fracasados. El comienzo es divertido y ligeramente grotesco, pero muy pronto alcanza, en la exploración periodística del fracaso, una dimensión siniestra de gran efecto. A continuación se nos hace saber de dos cafés Pavez, idénticos, uno en París y otro en Nueva York, las dos ciudades donde transcurren todos estos relatos. Los suspicaces podrán hablar de

extranjerismo, desarraigo, afán cosmopolita. Pero ¿qué importa el escenario si la acción es óptima?

No lo es siempre, desde luego. El cuarto y el sexto relato exageran la nota grotesca hasta convertirla en una especie de fantasía escolar: un sujeto es asesinado en el tren subterráneo de Brooklyn a causa de la excesiva fealdad de sus zapatos, y un próspero empresario convertido a las ideas del socialismo utópico de Owen instala una gran oficina donde se paga muy bien a los empleados para que trabajen en... nada. Creo que estos dos cuentos de farsa desdican de la sutil ironía de los demás, y están de sobra en el libro. La calidad retorna en un breve relato acerca de un crítico de cine que comenta películas inexistentes, pero llega a su cumbre en el cuento siguiente, de más de 60 páginas —casi una nouvelle—, cuyo argumento es el secuestro de un embajador ante las Naciones Unidas, practicado por un famélico sujeto que, como si actuara en nombre de todos los hambrientos del mundo, cobra por la devolución de su víctima sólo 35 dólares, ante la consternación del país afectado, que, por razones de prestigio internacional, se empeña en pagar un millón de dólares por el rescate. El relato combina muy bien lo patético y lo ridículo, el sentido de la intriga y la crítica social implacable. El diálogo del pequeño raptor con su magnate secuestrado es una obra maestra.

Es natural que, en términos generales, el punto fuerte y la ventaja comparativa más alta de un dramaturgo en la narración sea el diálogo. Los parlamentos de sus personajes son incisivos, fuertes, ingeniosos, dinámicos, cáusticos, sardónicos, vivos. Pero esta no es su única ventaja relativa como hombre de teatro. También los caracteres están bien delineados; mejor dicho —puesto que la brevedad del relato no admite profundidad en el análisis psicológico— son caracteres vivos y palpitantes de realidad. En esta obra, los hombres se definen por lo que hablan; se excluye así la posible morosidad de los monólogos, las descripciones internas y las reflexiones. Todo cuanto no es diálogo —la ambientación, los antecedentes de los personajes, el escenario, las idiosincrasias, la atmósfera— o bien está dibujado con esos rápidos brochazos o indicaciones que el dramaturgo usa para aclimatar los parlamentos, o bien está dado implícitamente en los diálogos mismos.

Esta calidad sólo se interrumpe cuando, aquí y allá, el autor se tiente como narrador y describe lo que no necesita ser descrito por que es obvio de suyo. Así, por ejemplo, cuando después de “un pesado silencio”, agrega: “La sensación de absurdo, desvarío e incongruencia electrizaba la atmósfera de la sala”. ¿Para que decirlo, cuando esa atmósfera ya está dada en la acción o el diálogo? ¿Es necesario acotar que “de súbito, se produjo algo increíble” cuando es de veras increíble lo que se produjo? La lectura se resiente con estas redundancias, que delatan tal vez al dramaturgo demasiado consciente de estar en un género distinto. Guardo también cierta reserva hacia algunos entusiasmos del autor que, en pleno diálogo, hace decir a sus personajes lo que no les cuadra del todo: parlamentos como los del embajador cuando describe su gran vida, o los del artista extranjero que se embriaga denunciando lo turístico-publicitario de París, hasta un extremo que delata al autor más que al personaje mismo.

Por ordenar de algún modo la gran variedad formal y temática de los relatos siguientes, cabe integrarlos en tres categorías. Muchos de ellos tienen como personajes a artistas: pintores, pianistas, gente de teatro, escritores. Para un escritor, esta elección suele ser una limitación: demasiada literatura sobre la literatura. En el caso presente, sin embargo, se trata de un factor positivo, porque pocas veces se asiste a una revelación tan despiadada de la vanidad, la neurosis, la mezquindad, la histeria o la megalomanía de los hombres de arte. La crítica está hecha desde el interior y es magnífica. Una segunda serie de relatos se construye sobre la inversión del orden habitual de las cosas: el sacerdote que se confiesa con el penitente en una confidencia amarga y terrible, el psiquiatra que cuenta sus sueños impresionantes al asombrado paciente... Esta inversión y el gran efecto de lo insólito son, más que el carácter de algunos relatos, la tónica general de la mayoría de ellos, comenzando por la entrevista del fracasado. Por último, la descripción de pequeñas piezas de “teatro instantáneo” en la sala ad hoc del Café Pavez presenta a Josseau en su propia salsa. Las seis páginas de “La vida íntima de Salus Matus” son, por ejemplo, de una fuerza tremenda. Presumo que Josseau es un buen dramaturgo, pero aseguro que es un gran narrador.

Los mundos paralelos de Josseau

Por Miguel Arteche
Premio Nacional de Literatura

ALGUNOS HOMBRES PÚBLICOS, en general, temen al absurdo y a la verdad, según se desprende de *La posada de la calle Lancaster* (Editorial Los Andes, 1994), cuentos de Fernando Josseau. Sobre todo a la verdad, aunque es posible que las mujeres públicas no teman a la verdad y al absurdo. En este caso, ellas viven de la verdad, que no ocultan, y del absurdo, que practican, sabiendo que el absurdo consiste en que serán perdonadas mientras Cristo escriba en la tierra. Los maestros de la ley, ya se sabe aunque se olvida, son los que no quieren que Cristo escriba en la tierra, y cuando Cristo lo hace, como buenos fariseos, terminan por huir.

El mundo está lleno, hasta el occipucio, de fariseos. Fariseos que tienen miedo a la verdad; fariseos para los cuales el absurdo es algo normal; fariseos que se ponen a rezar después de haberse cargado a un prójimo; fariseos que con voz conventual deciden que lo malo es bueno, lo bestial angelical, lo necio inteligente; fariseos que están muy preocupados y obsesionados por los pecados que se cometen en la cama, pero no con los pecados que se cometen detrás de la ventanilla de un banco; fariseos que practican, como escribe Josseau, la “patología figurativa”. Son, como yo los llamo, artistas de la figuración. El arte de la figuración suele ser practicado por ciertos hombres llamados públicos. Donde aparece un fotógrafo, allí están ellos; donde surge una cámara de televisión, ponen de inmediato el tafanario; corren tras los órganos de comunicación, tal vez porque carecen de órganos. Con tal de ser famosos son capaces de cargarse a su tía. Todo lo hacen, como dice el Evangelio, para que la gente los vea. Según los parámetros de hoy, ser famoso es ser “notable” en cualquier campo. Pero la fama, como se entiende ahora, dura poco.

Decía Borges que, tal como están las cosas, todos vamos a ser famosos durante cinco minutos.

De tal manera que cuando se dice que Fernando Josseau ejecuta el absurdo, no se sabe bien lo que se dice. Josseau es un cronista de este mundo, y relata mundos que parecen o son mundos paralelos; no hace sino reflejar el universo de fariseos que vuelan por todos los cielos del planeta. El problema es que los personajes de Josseau encarnan ciertos hombres públicos de este mundo, normalmente absurdos; ellos predicán el humor negro, les gusta, se refocilan con él, quizá porque les trae más poder y dinero. Y cuando se afirma que Josseau es un francotirador, el que lo afirmó cometió otro absurdo. Josseau no es francotirador; es un tirador franco.

El absurdo es un hecho repugnante a la razón. Nuestro mundo abunda en hechos repugnantes a la razón. Sólo que parecen normales, y en esto consiste el truco del Demonio. Alguien se indignó por ese relato que se llama "*Mefistófeles en persona*". Es la pérdida de la inocencia, que el Demonio quiere siempre; pero no sabemos si en este caso se perderá y los niños se convertirán en malvados. Hay, en estos cuentos, un hombre que desea morir en inglés, con la bandera británica a media asta, a pesar de que el tipo es chileno y vive en Santiago. Hay una casa de cristal a la que no pueden entrar algunos bellacos, aunque no se trata de la Jerusalén celestial porque los que allí viven son también bellacos. Hay un hombre que es una carta. Hay delitos que se castigan hoy, pese a que se cometieron en el futuro. Hay un millonario que reúne a los mejores periodistas del mundo, y los paga muy bien, pero solamente permite que se publique un solo ejemplar. Un dictador ama tanto a su prisionero, que ordena que se lo fusile todos los días, pero con balas de fogueo. Hay el ganador del Premio Nobel de Literatura, un sueco de ochenta años, que comienza a leer su discurso, durante la ceremonia de entrega del Premio, pero pronto se aparta del discurso para improvisar y decir la verdad. Pero nadie quiere oír la verdad. El anciano se pregunta para que puede servir el Premio Nobel a esa edad. Está decrepito, ni siquiera puede follar. El Rey vocifera. El Ministro de Educación transpira.

Los consejeros llaman a la policía. El embajador de Francia y el rector de la Universidad se retiran; la esposa del Primer Ministro sale tras ellos. ¿Por qué? Porque el Premio Nobel ha dicho la verdad, y nada más terrible que a uno le digan la verdad.

¿Que ocurriría, por ejemplo, si uno de los setenta y siete candidatos chilenos al Premio Nobel de Literatura lo recibiera? ¿Sería capaz de decir la verdad ante el Rey? Si un anciano de noventa años fuera el tercer Premio Nobel de Literatura de Chile, ¿le gritaría al Rey para qué quiere el Premio si, como dice el escritor sueco, padece de impotencia eréctil?

El mundo alucinante de estos cuentos lo es porque todo Occidente es alucinante. Y lo es Chile, salvo que a un patriota a la violeta se le ocurra asegurar que vivimos en el planeta Marte. Abundan los que dicen que hay que hacer tal o cual cosa, y sólo alcanzan a nombrar a una comisión, la cual a su vez nombra una comisión, para terminar todo en una parri-llada. Abundan los que hablan de solidaridad, pero sólo para su bolsillo. Abundan los arribistas que trepan por cualquier cosa que se les ponga por delante. Abundan dentro y fuera de estos relatos. Es todo un mundo de la picaresca nacional e internacional donde follan, vociferan, lloran, matan, roban, mienten, trapalean, fingen, engañan, malversan, despilfarran, justifican sus propios disparates. O sólo se muestran gozosos de su poder y no de su amor auténtico por los pobres. En lugar de decir: “contento, Señor, contento”, dicen: “afanando, Señor, afanando”. Pobres santos, si no fuera por ellos el mundo habría estallado hace mucho tiempo.

Los cuentos de Josseau se leen con la admiración que uno siente ante aquél que sabe narrar, virtud que poco a poco se ha ido perdiendo en nuestro medio. Es la experiencia que le ha dado su oficio de dramaturgo. Narrar, lo que se llama narrar, parece, a ciertos novelistas y cuentistas, grave delito porque para ellos una buena novela debe ser aburrida. El destino de Josseau es cantar las cuarenta, y cantarlas con arte, sin que para hacerlo sea necesario dormir a la gente. Cierta novelista hace alarde de dormir a sus lectores, pero no sabe como despertarlos. Por supuesto los hay que narran bien, pero narran sólo pijoterías más o menos cursis. Narrar es narrar bien, y no pendejadas.

El último de estos cuentos carece de esperanza; por su final podría recordar algunos asesinatos en masa que promueven discípulos de Belcebú. Pero no es Josseau el que los invoca. Josseau no hace sino retratar la desesperación de muchos en un crepúsculo no precisamente de los dioses.

Hay un relato que, por lo menos para mí, puede señalar a Josseau un camino de salida para este mundo que no parece tener salida. Se trata de “Nicole”, cuento muy fino, nostálgico. La ciudad de París se desvanece para siempre, como Nicole, en el espacio y en el tiempo, que no son de este mundo. Pero a pesar de haber desaparecido permanecen en la memoria. Es un Josseau distinto. Después de todo, esta vida no es sino una posada donde uno vive por breve tiempo, y *La posada de la calle Lancaster* admite que en este cuento el amor permanezca. Dicho de otra manera, a la esperanza del amor a través de la desolación.

Un cosmopolita

Por Camilo Marks

La Época, 18 de diciembre de 1994

Los relatos de Josseau tienen un plan preciso, acabado y ejecutado con una depurada técnica literaria. La originalidad de los temas, la seguridad en el detalle narrativo e idiomático y la sólida y amplia formación cultural que se advierte, hacen que su lectura sea siempre grata.

FERNANDO JOSSEAU es un caso notable en la literatura chilena y ya ocupa un lugar destacado en la historia del teatro nacional. El monólogo dramático *El prestamista* (1956) debe ser la obra teatral de autor chileno que ha tenido el éxito más resonante de que se tenga memoria y así lo atestiguan las más de diez mil representaciones que obtuvo en Chile, el continente americano y Europa, cuando electrizó a más de dos generaciones de aficionados al teatro. Después siguieron *La mano y la gallina*, *Su Excelencia el Embajador* y *Alicia en el país de las zancadillas* que, aunque no atrajeron tanto público como el primero, son ya clásicos de la hoy alicaída escena nacional.

En 1980 Josseau publicó *Chez Pavez*, su primera colección de cuentos, la cual hizo exclamar a Ignacio Valente que el escritor, conocido hasta la fecha sólo como autor teatral, “es un excelente narrador”. Hemos debido esperar catorce años para leer *La posada de la calle Lancaster*, su segundo libro de relatos recién aparecido.

Demora justificada

Si todos los escritores chilenos se tomaron tanto tiempo para elaborar sus cuentos tendríamos menos libros publicados, pero la producción literaria nativa –sobre todo en el difícil y engañoso género cuentístico– detentaría una calidad superior.

Como se sabe, casi todos los días del año las editoriales conocidas y las otras lanzan al exiguo mercado nacional apresuradas selecciones de breves pasajes en prosa que muchas veces no pueden llamarse cuentos, por lo que la singularidad de Fernando Josseau resalta con relieve.

Nada de lo que este autor produce es azaroso, descuidado o escrito por puro afán gratuito. Todos sus relatos se hallan presididos por un plan preciso, acabado y ejecutado con una depurada técnica literaria, resultando toda una rareza en nuestro medio. La originalidad de los temas, la seguridad en el detalle narrativo e idiomático y la sólida y amplia formación cultural que se advierte detrás de cada página hacen que su lectura sea siempre grata. El autor es, además, uno de los pocos auténticos cosmopolitas entre los escritores chilenos, lo que se traduce en que no pone al lector ante incómodas dudas cuando se traslada, con absoluta soltura, desde el territorio nacional a una ciudad europea o norteamericana, donde parecería haber vivido siempre.

Por cierto, no todos los cuentos de *La posada de la calle Lancaster* son perfectos y aunque no podría decirse que ninguno de ellos es de mala calidad, hay una media docena que sobresale notablemente entre los 18 comprendidos en la antología.

A juicio de este crítico, hay tres narraciones excepcionales en cuanto a historia y estilo: “El prisionero”, “La justicia ante todo” y “El testimonio”. El primero narra la sobrenatural vida del asesino escocés Osvald Heckel, condenado a presidio perpetuo en 1723 y cuya existencia, encerrado en la cárcel del pueblito de Sutton, se prolonga más allá de todo límite razonable.

En el segundo de estos relatos, el Fiscal Francisco Golman es el protagonista y es víctima del Departamento de Criminalidad Presunta, organismo que persigue determinar los delitos futuros que cometerán las personas y, consecuentemente, procesarlas y encarcelarlas; al igual que la historia anterior, la divertida anécdota es una parodia de la justicia y, en última instancia, una reflexión sobre el absurdo de la condición humana. Y en el último de estos cuentos entra en acción el multimillonario Joe Mason Baldomero quien emplea todos sus recursos para fundar el mejor diario del mundo... que saldrá en un solo ejemplar.

Algunos más

De variada extensión, la mayoría de las narraciones no sobrepasa las diez páginas, pero, aunque Josseau nos entregue algunas historias muy breves, casi viñetas, siempre tiene algo que decir en ellas y no cae jamás en los esquemas de media hoja de balbuces prosísticos tan en boga actualmente en las antologías de cuentos. “La carta”, “La familia Parkinson”, “El predilecto” y “Mefistófeles en persona” son, especialmente en el caso del último, ejemplos de relatos que narran buenas anécdotas con economía de medios.

Otros títulos también destacables son “El hombre que murió en inglés”, “Vidas paralelas”, “La ceremonia” y “La posada de la calle Lancaster”.

En el primero de ellos, un chileno de tomo y lomo, a quien le anuncian que padece una enfermedad terminal, decide transformar íntegramente su vida y morir en inglés. Aunque el dicho no se menciona, Josseau lleva la creencia de que somos los ingleses de Sudamérica a su extremo más absurdo e hilarante (porque es conveniente tener presente que el noventa por ciento de los británicos no tiene idea sobre Chile y ninguno de ellos sospecharía jamás que nos creemos sus iguales por estas latitudes). Un discurso increíble de recibir el Premio Nobel o una paradoja sobre la carrera literaria de un escritor constituyen la temática de los otros relatos que señalamos, en tanto el que da título al volumen y encabeza la selección asigna a Jean-Paul Sartre el rol de camarero, a Stravinsky el de pianista borrachín y al Hitler el de un bondadoso gobernante que promueve la concordia social y el respeto por los derechos humanos.

Como ya lo dijimos, no todos los cuentos de este volumen son igualmente logrados (sobre todo “La mansión” y “Los pordioseros”, que es bastante incomprensible). Pero el conjunto es ampliamente satisfactorio y leer a Josseau es un placer. Es entretenido, inteligente, culto, sofisticado y siempre sorprende. ¿Qué más se puede pedir? Que escriba más seguido.

La Feria y los Libros

Lento y seguro escritor

Por Enrique Lafourcade
El Mercurio, 20 de noviembre de 1994

EL ÚLTIMO LIBRO DE ESTE VELOZ recuento es *La posada de la calle Lancaster*, escrito por Fernando Josseau, nacido en Punta Arenas, discípulo de Margarita Xirgú, autor de obras teatrales de gran éxito como *El Prestamista*, que se divulgó por toda América. Y de cuentos y sátiras donde exhibe sus virtudes: reposo, palabra exacta, control de diseños narrativos. Hoy, estos cuentos. Viene a mi memoria Enrique Bunster. Un lenguaje claro, diálogos perfectos, situaciones que bordean el absurdo y la magia. Bunster y Juan Tejada. Elegancia. En las antípodas de la obra de Sutherland. Josseau tiene otro mérito, sus trabajos escapan de los simplificados entornos costumbristas, volando hacia unos lectores de cualquier parte. No hay metalenguajes ni bajadas al fondo de la chilenidad. “El Hombre que Murió en Inglés” revela parte de su método. Los años de silencio le han dado poderes. Una obra que debe ser leída.

La posada de la calle Lancaster

Por Eduardo Guerrero

La Segunda, 13 de octubre de 1994

QUIENES HEMOS TENIDO la ocasión de presenciar algunos de los montajes basados en obras dramáticas de Josseau (*El prestamista*, *La mano y la gallina*, *Su excelencia el embajador*, entre otras), constatamos la existencia de constantes que el escritor también utiliza en esta colección de dieciocho relatos, aparecidas además en su anterior libro narrativo *Chez Pavez* (1980). Nos referimos –en lo primordial– a una sutil crítica social, a un buen manejo del humor negro y a una preeminente atmósfera de absurdidad.

En términos generales, independiente de las diversas temáticas, *La posada de la calle Lancaster* posee una estructura uniforme en la intencionalidad narrativa y tiene los elementos propicios para atraer, desde un comienzo, al lector. Así, sin dejar de lado la predilección por determinados cuentos –entre los que destacamos “La posada de la calle Lancaster”, “La mansión”, “Mefistófeles en persona”, “La ceremonia”–, el conjunto es de un alto nivel, dando claras muestras de dominio del oficio (tanto en lo descriptivo como en la utilización del diálogo), que se traduce en un lenguaje envolvente y de gran eficacia narrativa.

Por ejemplo, en el cuento que le da título al volumen, se encuentran en la mencionada posada personajes tales como Jean Paul Sartre (mozo que tiene una esposa analfabeta, llamada Simone), Stravinsky (pianista borracho), Rockefeller (dueño de la posada), Hitchcock (dibujante), en momentos en que se le ha otorgado el Premio Nobel de la Paz a Hitler, por su defensa de los judíos; de esta forma, el relato se sostiene por este juego dialéctico entre la historia y la realidad y, en consecuencia, por el humor

inherente a la esencia de los propios: personajes. En “La mansión”, asistimos a una “fiesta, insólita que flotaba en el interior del bunker de vidrio”, ante la desmedida obsesión de una pandilla por ingresar en ese espacio misterioso, donde la lujuria, el suspenso y el erotismo se transforman en los motivos recurrentes. “Mefistófeles en persona” nos presenta a un caballero en un parque, con “una leve sonrisa lasciva y sacrílega”, quien se imagina a un inocente niño cuando éste sea ya mayor. Finalmente, en “La ceremonia”, un escritor sueco –anciano de 80 años– recibe el Premio Nobel de Literatura y su discurso rompe todos los cánones protocolares, con el consiguiente escándalo social.

En síntesis, *La posada de la calle Lancaster* es uno de los buenos títulos publicados este año, con un escritor que ha dado suficientes muestras de calidad literaria.

Cuentos Selectos II



El Partido de Oposición Permanente

LA ENTREVISTA DE PRENSA se desarrollaba en el segundo piso del café “Pavez” donde había un salón ad hoc (estilo decorativo inventado por el señor Pavez) y que consistía en una síntesis de todos los estilos imaginables, de modo que cada persona podía, así, concentrar su mirada en el trocito que se identificaba con ella. Había, en consecuencia, que mirar en línea recta hacia el punto de identificación estético-plástico (como un caballo con anteojerías). El estilo ad hoc del señor Pavez resultaba enloquecedor si alguien tenía la mala ocurrencia de mirar en panorámica o, simplemente, desviar la vista hacia otro ángulo de la sala que no correspondiera al de su propia sensibilidad.

Quizá por eso, entre los periodistas, las miradas se cruzaban de un extremo a otro, en una especie de red enmarañada. Su oficio los traicionaba.

El dramaturgo Jean Garnes estaba al fondo, sentado en una silla alta, con los pies colgando en el vacío: era pequeño, gordo, blando como un molusco, de tez rubicunda y pelo rubio dorado cayéndole sobre la frente amplia y abombada. Garnes, en materias literarias, había llegado más allá del absurdo: las obras de muchos vanguardistas resultaban pueriles y tímidas al lado de los contundentes disparates propuestos por él. Sin embargo, su éxito estribaba en el hecho de que sus disparates poseían un fondo demoledor de inusitada lucidez. Sus enloquecedores dislates rozaban, muchas veces, la genialidad. Aquella noche acompañaban a Garnes varias destacadas personalidades.

Uno de los periodistas decía, dirigiéndose al dramaturgo:

—Usted siempre ha estado ajeno a toda manifestación política. ¿Por qué, ahora, desea intervenir en ella?

—Es una manera de... —iba a replicar Garnes, cuando fue interrumpido por el redactor de “Le Monde”:

—¿Renuncia usted, entonces, a su pasado?

—Toda mi vida no he hecho otra cosa. Si usted hubiese entendido alguna de mis obras de teatro, habría comprendido que ellas no son sino eso: una permanente renuncia al pasado. Una consistente inconsistencia, si usted quiere.

“Le Monde” acusó el golpe, cuando “Le Fígaro” exclamó:

—¿Se trata de un truco publicitario?

—¿Truco...?

El “Nouvelles Litteraires” intervino:

En resumen, nos han citado para que un comité, presidido por el señor Jean Garnes nos confiese...

—No soy Rousseau, señor —dijo el dramaturgo— para hacer confesiones o masturbarme en público.

La revista “Arts” lanzó una débil risita, cuando “France Soir” intervino rápidamente:

—Son las diez de la noche y aún no hemos comenzado.

—Circunloquis —dijo Garnes.

—¿Circuns qué? —preguntó “France-Soir”.

—Loquis —susurró al oído de “France-Soir” la revista “París-Match”.

El señor Pavez se deslizó entre los sillones y ofreció otra corrida de brandys.

—Se trata de un partido... —había comenzado Garnes nuevamente cuando “Le Monde” vociferó: —¡Pero si usted no cree en los partidos!

—¿Me va a dejar terminar alguna vez? ¿Si usted no escucha jamás a sus entrevistados qué demonios es lo que publica más tarde? ¿Lo que escucha de sí mismo?

—¿Qué partido? —gritó “Le Monde” agarrando un brandy de la mano pequeña e insidiosa del señor Pavez que deambulaba entre los sillones con una sonrisa de flotante satisfacción.

— ¡Silencio, por favor!

Garnes había lanzado un alarido.

Los periodistas, por fin, callaron. Reventaron algunos flashes en el rostro del dramaturgo que estaba rojo de impaciencia. Después éste dijo con decisión:

— Hemos creado un nuevo partido político.

— ¿Uno más? ¿Otro? ¿Todavía más? — gritaron simultáneamente “Le Monde” “France-Soir” y “Arts” (“Arts” estaba, evidentemente, resfriado, su voz sonaba ronca y asmática).

Garnes se había encaramado en la tarima apoyándose firmemente sobre sus piernecitas rollizas y poderosas.

— ¿Me van a oír de una vez? ¿Esta es la prensa francesa? ¿Estamos en París o en Pergamino?

— ¿Dónde queda Pergamino? — La revista “Lui” se dispuso a tomar nota.

— Queda en Argentina — le susurró al oído acariciadoramente la revista “Homme”.

— Gracias — dijo “Lui” coquetamente y anotó.

Calmados los ánimos, la delirante reunión había adquirido cierta coherencia.

Garnes, de pie sobre el estrado, hablaba con voz grave y clara, pretendiendo que la nitidez auditiva contribuyera al peso de los conceptos:

— Todos nos admiramos de la inaudita falta de imaginación de nuestra vida política. Pensemos un instante en la imaginación de todos los escritores de Francia reunidos...

“Le Monde” dejó escapar una tosecilla risible que amortiguó velozmente con la mano derecha sobre la boca — ... en todo este juego infinito de ideas, conceptos, filosofías, personajes mundos subjetivos...

El silencio que reinaba ahora en la sala sonaba tan ofensivo como el bullicio anterior. Garnes sintió que algo andaba mal y subió el tono de la voz.

— Pero no nos detengamos sólo en el mundo de nuestros escritores; pensemos, también, en nuestros artistas, en la vida imaginativa y sensible de nuestros pintores y de nuestros escultores.

“France-Soir” escuchaba con la boca abierta. Las obras de Garnes eran bastante disparatadas, aunque agudas, pero la insolencia de reunirlos en el “Pavez” para semejante encuentro constituía un flagrante desatino.

— ¡La imaginación sólo de Rodin comparada con la de...

— ¡De Mitterand!!! — gritó chillonamente “Le Fígaro” y todos lanzaron estruendosas carcajadas

Garnes no pudo evitar reír, con una risa dura muscular.

— ¡Sí, Mitterand!!! — gruñó. Hubo un silencio seco, cortante, como si una orquesta sinfónica se hubiese detenido en la mitad del primer movimiento de la Novena Sinfonía de Beethoven sin explicación alguna. Garnes se apresuró a tomar el hilo: — Rodin o Braque, o Matisse, o Baudelaire, o Sartre, o la Duras...

— “¿A dónde va a llegar esta mascarada?”, parecían preguntarse los ojos fríos y escrutadores de “L’ Aurora”.

— ¡Imaginación, un mundo político sin imaginación, sin ninguna imaginación, sin la más elemental, primaria y ni siquiera pedestre imaginación! ¡Piensen en nuestros políticos en contraste con nuestros artistas creadores!

— ¿Y eso qué? — intervino “L’Express” con una mueca sarcástica—. ¿Qué demonios significa esto, Garnes? ¿Un happening? ¿Un maldito happening?

— ¿Un happening? — gritó Garnes desde su tribuna—. ¿Se ha vuelto usted loco? Les estoy diciendo que nuestros políticos se arrastran desde hace un siglo a ras del suelo, sin elevar su pensamiento, su espíritu, su...

— ¿Un maldito y demencial happening? — volvió a gritar “L’Express”.

— ¿Maldito? ¿Demencial?

Garnes miró en torno suyo, a sus acompañantes y luego a los periodistas que atiborraban el salón decorado estilo ad hoc por el señor Pavez, pero su mirada tenía el vago e inquietante brillo del médico que observa la celda de un manicomio. El estilo ad hoc de la sala contribuía al extravío.

— Bien — dijo Garnes—. No perdamos la calma...

— ¡Me imagino que todo este zafarrancho, su nuevo partido — gritaba ahora la revista “¡Click!” — no es sino la natural secuela del último fracaso de su obra de teatro!

—¿Fracaso? Qué entiende usted por fracaso? —vociferó Garnes desde la tarima.

—¡Su obra permaneció en cartelera la mitad del tiempo que estuvieron sus piezas anteriores!

—¡Pero en un teatro que tenía doble capacidad... un teatro donde cabía el doble de público, una pieza con el doble de personajes, lo que implica, naturalmente, el doble de gastos... —tartamudeó Garnes rojo de ira.

—Dejémonos de negocios teatrales —intervino “Le Fígaro”—. ¡Veamos ese nuevo partido...!

Pero Garnes había sido herido mortalmente en su vanidad: observaba fijamente al crítico de “¡Click!” con una mirada fija y asesina.

—¿Sabe lo que yo pienso de usted? —exclamó por fin—. Usted ya ha dicho muchas veces lo que piensa de mis obras... ¿pero sabe lo que yo pienso de usted?

“¡Click!” permaneció inmutable.

—¡Pienso que usted es uno de esos tipos que no hacen otra cosa que defecar por la boca y pensar con el culo!

“¡Click!” alzó la cabeza, al borde del espanto. Pero el espanto fue rápidamente ahogado por una furia salvaje que le privó del habla y se abalanzó sobre el dramaturgo con intención de molerlo a golpes. “Le Monde”, de un salto, fue a parar entre los dos hombres y recibió un par de bofetadas en su calidad de intermediario. La guerra se había desatado en el salón del segundo piso del café “Pavez”. Sólo la firme intervención de los mozos y del anfitrión logró calmar los ánimos, pero “¡Click!” había abandonado la sala lanzando furibundas promesas para su próximo editorial. Garnes escupió al suelo. “Femme” dijo:

—Típicamente político todo esto, ¿verdad?—. Se había vuelto hacia “Sport” con sus diáfanos ojos azules.

“Sport” musitó:

—Y cuan poco caballeroso.

Pero Garnes había vuelto a su exposición como si nada hubiese sucedido:

—Simplemente quiero decirles que nuestra política y nuestros políticos agonizan en la inoperancia, en la rutina, en la imbecilidad crónica. ¿Es po-

sible que aún, a estas alturas, sigamos hablando de democracia, marxismo, fascismo, neo fascismo, social democracia y toda la vieja y reblandecida cháchara de hace cincuenta años? ¿Cómo es posible que no haya surgido una nueva idea, un nuevo concepto, una...

—Garnes —dijo calmadamente “Le Monde”—, es usted un buen autor de teatro... Sus obras son bastante desconcertantes y cuenta usted con nuestro apoyo y admiración. Pero eso no lo autoriza a hacernos perder el tiempo de esta manera.

—¿De qué manera? —preguntó Garnes.

“Le Monde” miró alrededor suyo, escrutando los ojos de sus colegas. Después dijo: —Bueno, de esta manera, así, simplementement.

—Está usted contagiado por ellos. Usted tampoco admite... —Garnes se interrumpió abruptamente y preguntó a boca de jarro: —Bien, la cuestión es ésta: ¿Quién es el Marcel Proust de nuestra política?

Los periodistas rieron, como si una misma risa hubiese pasado de boca en boca, desde los apretados y finos labios de “Combat” hasta los maravillosos labios de “Femme”. La risa se detuvo en los labios de “Nouvelles Litteraires”.

—Es una buena pregunta, ¿eh? —dijo con buen humor ahora “L’Express”, dándole un codazo en las costillas a “París-Match”.

—¿Quién es el Braque de nuestra política, eh? ¿Quién es Debussy?

El señor Pavez ordenó a los mozos repartir emparedados. La cosa entraba en su cauce. No sabía exactamente qué cosa, pero fuese lo que fuese, no cabía la menor duda de que entraba en su cauce.

—¿Quién es el André Malraux en nuestra política?

—¿André Malraux! —le contestó “France-Soir”. Todos rieron de buen humor.

—¿Quiénes han tenido, políticamente hablando, el mismo talento, la misma sensibilidad, el mismo tesón creativo, la misma disciplina, el mismo espíritu de renovación que nuestros artistas?

Los emparedados eran de queso, jamón, paté de fois y salame, algunos con mayonesa, algunos en pan blanco y otros en pan de centeno. Hubo otra corrida de brandys. El señor Pavez, en persona, atizó el fuego en la gran chimenea estilo ad hoc. La cosa entraba en su cauce, no cabía duda.

—¿Quién es la Josefina Baker de la política francesa? —preguntó “France Dimanche” con una risita ahogada por el brandy.

—¡Giscard D’Estaing! ¡Mitterand! ¡Mendes France! —gritaron simultáneamente varios órganos de prensa.

—Creo que estas preguntas están cargadas de alta significación —agregó Garnes—. Señores: los hemos reunido aquí para comunicarles que, como un aporte nutricional y substancial a nuestro adocenado, esclerótico y menopáusico sistema político... —¡Salvar la Democracia! —¡Somos la Conciencia Desgarrada del Mundo! —¡¡¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja... —Garnes rió enloquecidamente, mientras en la sala “L’ Humanité” murmuraba mascando las palabras: ¡Loco perdido!—. Garnes había frenado en seco. Su rostro, bruscamente, se había endurecido, reconcentrado, como si estuviese en otro lugar y en otra circunstancia, como si estuviese pronunciando, quizá, una sesuda conferencia en la Sorbona sobre Kant. Su rostro se tornó abruptamente grave, se hizo más sólido, pesado y su mirada, en el relámpago de unos segundos, se tornó melancólica, carente de todo histrionismo.

—Señores —dijo—, me acompañan diez personalidades, no les diré a ustedes sus nombres, porque no se trata de hacer noticia...

—¡Ah, no! —exclamó “L’ Express”.

—Pero ellos están conmigo y encarnando, ciertamente, valores más sólidos que los representados por nuestro Presidente del Congreso, nuestro Senador X o nuestra diputada Z. Uno de ellos es bioquímico...

Los acompañantes se mantuvieron impávidos en sus sillas. Los flashes estallaron en sus rostros, sucesivamente: permanecían rígidos, sin pestañear.

—“¡Una mascarada de cera!” “¡Una mascarada de un museo de cera!” —exclamó furioso “París Match”.

—Antropólogo, arqueólogo, filólogo, endocrinólogo... —continuaba Garnes en su lacónica presentación. Cuando hubo presentado a todo el comité sin perder su serenidad, agregó: —Señores, sé que el mundo está ostensiblemente enrarecido y quizá una prueba de ello lo constituya esta misma reunión, por eso deseo ir directamente al grano. Señores: Hemos fundado el Partido de Oposición Permanente.